

Homilía de Monseñor Eduardo García, que pronunció en la Misa diocesana pidiendo por la salud del Papa Francisco - San Justo, 6 de marzo 2025

"Recen por mí" ha sido un pedido constante de Francisco durante estos años como Pastor de la Iglesia universal. Después de cada encuentro, ya sea con multitudes o en ámbitos más íntimos, sus palabras de despedida siempre son las mismas: "No te olvides de rezar por mí". No es un mero formalismo piadoso. Su pedido nace de la certeza de que la misión que Dios le ha confiado es más grande que sus propias fuerzas y que solo con su gracia es posible llevarla adelante. A esto se suma su confianza en el poder de intercesión del pueblo de Dios. Francisco cree en la fuerza movilizadora de un pueblo, cree en el pueblo como gestor de su propio camino y destino; cree que Dios escucha a su pueblo amado, nacido de sus entrañas. Cree que el pueblo, y no el individuo aislado, es el destinatario de la Promesa de salvación. Francisco cree que cuando dos o más se unen para rezar, Dios está presente en medio de ellos.

Por eso hoy estamos acá. No es un acto protocolar ni formal. Gracias por estar, gracias como se le dice a un amigo que viene a compartir la angustia de aquel que tiene un ser querido enfermo. Gracias por venir a rezar juntos. Sé que muchos de ustedes lo vienen haciendo ya sea individualmente o en sus comunidades. Este encuentro, el de la familia que Jesús reúne, pretende ser simplemente el gesto de cariño de los hijos que se unen para expresar su amor y agradecimiento a aquel que es nuestro papa. La diferencia de un acento marca también un lugar para mover nuestro cariño: Papá de la Iglesia, de la familia grande, llamado y elegido por Dios para mostrarnos y decirnos cuánto nos ama el Padre bueno del cielo.

Y cuando tuvimos, o quizás tenemos, a nuestro papá enfermo, sabemos que la salud está en las manos de Dios a través de los médicos. Pero hay algo que quien atraviesa el dolor de la enfermedad necesita, incluso más que las medicinas o los antibióticos: el cariño, el abrazo, la caricia, porque el corazón siempre está necesitado de amor para vivir. Muchas veces nuestra autosuficiencia no nos permite reconocerlo, pero cuando el dolor se clava en nuestra carne y nos sentimos vulnerables... ¡cuánto necesitamos del cariño sencillo y sincero!

Estamos acá para eso: para darle nuestro abrazo, para darle fuerzas a Francisco en este momento de enfermedad, para acariciarlo. Y como no lo tenemos físicamente entre nosotros para hacerlo como lo haríamos con alguien a quien amamos, lo hacemos desde la oración, que atraviesa fronteras, derriba muros y llega hasta donde nuestras manos no pueden tocar.

La fe no es una cuestión de ideas, sino de cariño. La fe que no se expresa en gestos de ternura es solo un cúmulo de conceptos. Y queremos responderle a Francisco con lo que tanto nos ha dicho y sigue diciendo: solo hay una revolución posible y eficaz, una que sana y no deja heridos ni muertos: la revolución de la ternura. Lo que no puede el amor hecho oración, no lo podrán nuestras manos, o lo harán a medias. La imagen del Evangelio es clara: seguir a Jesús es cargar la cruz. Francisco se ha puesto al hombro la vida de la Iglesia, con sus aciertos y sus mezquindades, sin esconderle el cuerpo a los 76 años. En lugar de esperar sentado que Dios lo llame, corrió a su encuentro y nos mostró dónde está: en el pobre, en el marginado, en el que está solo y desamparado, en el excluido, en el inmigrante, en el descartado y en tantos otros invisibles para una sociedad que le escapa al dolor. Y la carga sin miedo y sin asco. La cruz no es una desgracia, es una consecuencia, como lo fue en la vida de Jesús, de ponerse del lado de la vida. Francisco se puso en ese lugar y carga con la cruz de querer un Evangelio vivido y no de recetas; carga con la cruz de ser tildado de papa comunista, populista o de estar lejos de lo que siempre se hizo, aunque todos supiéramos que no nos llevaba a ninguna parte.

Y en esa carrera para encontrar a Dios, con la cruz a cuestas, hoy necesita cireneos que la carguen con él. Queremos cargar y sostenerlo en la cruz de la enfermedad. Queremos cargar la cruz con él, la de una Iglesia pobre para los pobres, en salida, que busque la justicia sin atajos de conveniencia, que le ponga la cara a la corrupción y la misericordia al pecado, que muestre que Dios no es patrimonio de nadie, sino de todos, de todos, de todos los que lo necesitan.

Eso es lo que podemos regalarle. Esa es la caricia más grande, el regalo más importante, la fuerza y el aire que lo va a ayudar a seguir andando. Insuficiencia respiratoria, dicen los partes médicos. ¡Falta aire! Hagámosle el regalo de aire nuevo para la Iglesia, que tantas veces languidece por insuficiencia respiratoria, por aires enrarecidos y llenos de bacterias.

Una Iglesia con aire para los chicos que andan a la buena de nadie, aire de esperanza para los jóvenes sin rumbo y víctimas del narcotráfico, aire para una política sin rostro y que busca conveniencias y arreglos bajo cuerda, aire para tantas familias que necesitan ser abrazadas, aire que es “tierra, techo y trabajo sin vueltas como expresión una vida digna, aire para un mundo que necesita ser sanado. Este aire es el mejor remedio para Francisco y nuestro mejor abrazo.

+ EDUARDO HORACIO GARCÍA
Obispo de San Justo